

Arte 2.0, el arte en tiempos posmodernos

Ana Novello



Image not found.

Capítulo 1

Arte 2.0, el arte en tiempos posmodernos

"El artista es artista gracias a la obra de arte, la obra de arte es gracias al artista, pero ambos están coimplicados gracias a algo que los hace ser: el arte."

Martin Heidegger

¿De qué hablamos cuando hablamos de arte? ¿Está el arte transitando un nuevo estadio? Si para muchos el arte es una expresión humana, cuando intervienen factores exógenos como dispositivos electrónicos, ¿seguimos hablando de arte? O bien, incluso no interviniendo tales dispositivos, ¿la función del arte es siempre la misma?

Siguiendo el edificio filosófico de Walter Benjamin, el arte ha pasado de tener una función ritual y religiosa a una que, a través de la reproducción técnica de obras artísticas, tiene como fin último su exposición en el mercado ante grandes masas. La nueva exposición de la que habla Benjamin ha alcanzado su máxima expresión con el uso de las redes sociales. Videos que comprenden arte culinario, arte musical y la danza se reproducen millones de veces por minuto en redes sociales como Facebook e Instagram. Ahora bien, y como planteé al principio, ¿hablamos de arte cuando lo que se expone -porque es una exposición- no es solo expresión humana sino también la mediación de filtros, iluminación, pistas de sonido, etc? Sin mencionar la cantidad de veces que los vídeos son filmados antes de ser compartidos, finalmente, en la red social. Es decir, ¿seguimos hablando de arte cuando repetimos por sexta vez una canción antes de subirla? En tales casos no se trataría de una expresión humana sino- más bien- de un resultado final al que se quiere llegar y el cual está predeterminado desde un principio.

La función del arte junto con su modalidad de expresión se ha ido modificando a lo largo de años y décadas hasta llegar al siglo XXI con una gran desventaja -por lo menos para algunos-. Siguiendo los principios filosóficos de Benjamin, lo que se pierde es una trama particular de espacio y tiempo; es decir, el aquí y ahora de la obra de arte. Las obras de arte, en tanto se las consideran expresión humana, son apartadas de su aura, aquella expresión que subyace a la obra de arte original. Se pierde, en pocas palabras, su autenticidad, "la aparición irreplicable de una distancia singular, por más cerca que la obra de arte pueda hallarse" (Benjamin; 1936; 4).

Así como un plato de comida se disfruta y aprecia recién servido, la obra de arte se admira contemplando la expresión humana en el aquí y ahora del accionar del artista. Es sabido que un plato de comida recalentado nos

puede parecer repugnante o, llanamente, no es del agrado de todos. Muchos optan, sin embargo, por condimentos y especias que puedan realzar el sabor de la comida. Ahora bien, ¿es ésta la misma comida? O, con la mediación de tales especias... ¿Se convierte en otra cosa?

Podríamos también considerar tal analogía como una consecuencia. ¿Qué tal si hicimos algo mal, si esto de la mediación de los dispositivos electrónicos es culpa nuestra? ¿Y si es una cucharada de nuestra propia medicina? Porque, al fin y al cabo, como consumidores –porque más que admiradores somos consumidores de “obras de arte”- permitimos sin resistencia comer de un plato recalentado.

Con todo, metiéndonos de lleno en el “arte” contemporáneo podemos notar una mutación en la figura del artista, de los espectadores –que, como dije, ahora son consumidores-, de los medios e, incluso, de los fines.

En cuanto a la etimología de artista, tal palabra proviene de la familia léxica del término “arte”; de ahí que no llamamos a cualquiera artista. El artista es la persona que hace, crea o produce obras de arte. En función de lo dicho, son artistas los pintores de la cueva de Altamira, los antiguos dibujantes chinos, los escultores y los arquitectos griegos, los artesanos medievales, los grabadores del Renacimiento, los pintores del Barroco, etc. ¿Son quienes editan videos, mezclan pistas de sonido, graban por séptima vez la misma canción artistas? De no serlo, ¿cómo los definiríamos?

Durante la Edad Media, ciertas estatuas de dioses sólo eran accesibles a sacerdotes, imágenes de Vírgenes permanecían casi todo el año encubiertas, y determinadas esculturas de catedrales medievales no eran visibles para el espectador. Hoy, los productos culturales son exhibidos para la masa. Cada producto artístico tiene un consumidor como destino. Las nuevas tecnologías facilitan la disponibilidad y la llegada de tales bienes a cada consumidor. Estamos atravesando un momento en el que la cultura y, con ello, sus productos, forman parte de un bien a consumir por todos, un bien universal.

Las propias manos y voces, pinturas, espátulas, martillos y demás instrumentos son imprescindibles para la realización y confección de obras de arte. Digo imprescindibles porque ante la ausencia de su voz un cantante no puede cantar, ante la ausencia de pinceles un pintor no puede pintar. A partir de la previa reflexión, y tras haber meditado sobre lo imprescindible de tales instrumentos, creo notar a los nuevos dispositivos tecnológicos utilizados para “hacer arte” un tanto auxiliares o, si se quiere, secundarios. Ahora bien, el hecho de que estos dispositivos no sean imprescindibles, ¿los deja afuera del ámbito artístico?

Cualquiera haya sido el fin de los artistas de la Edad Media, podemos reconocer que tal fin era, y es, plenamente contradictorio con el de la mayoría de los "virtuosos" de los tiempos pos-modernos, que buscan realizar productos compatibles con el mercado, es decir que se puedan comprar y vender para acrecentar sus ingresos. Fin que nada tiene que ver con rituales y cuestiones religiosas tan características de aquellas primeras obras.

Quizás sea una visión un poco pesimista sobre la actualidad del arte, pero mucho tiene de real. De todas maneras, no son todas pálidas. A pesar de la distinción en la figura del artista, de los espectadores, de los instrumentos utilizados y del fin de las obras de arte, estas nuevas formas de arte supusieron innovaciones a lo largo de los años, supusieron cambiar o variar algún aspecto del arte o introducirle algo nuevo. Escuchamos canciones remixadas, con pistas superpuestas, que llegan a ser interpretadas por distintos cantantes; leemos cuentos digitales donde al clicar sobre un teléfono se reproduce una historia o, que al tipear en el teclado, una historia se va escribiendo en la pantalla; vemos dibujos que fueron hechos con programas de diseño y que prescindieron de un lápiz. Esto sigue suponiendo la existencia de un creador de un producto artístico, espectadores que consuman tal producto, medios a través de los cuales se llega al producto y un fin determinado.

Es así que muchas personas hablan de "el arte de innovar" entendiendo a la innovación como una actitud a la que hay que desarrollar y potenciar. Partiendo entonces de esta serie de innovaciones que trajo consigo la pos modernidad, podríamos concluir que si innovar es un arte, y que se innova sobre otro tipo de arte, los cambios transitados durante siglos también pueden ser pensados como una obra de arte.

Cuestión que debatirían cantidad de intelectuales: ¿Se considera, entonces, a estas nuevas innovaciones como arte a pesar de la pérdida de su aura? O bien, teniendo un pensamiento más ortodoxo, ¿el arte sigue siendo la expresión humana que no es intervenida por dispositivos digitales?